

hecho á fuerza de besos un hueco que podría contener mi cabeza. Ni los mismos árabes tuvieron valor para prohibir el culto de Nuestra Señora; la capilla de Santiago fué respetada siempre. Muchas veces ha caído el rayo sobre la Iglesia, junto al santuario y dentro; en medio de la gente agolpada: pues bien, que nieguen las malas almas la proteccion de la Virgen, nunca ha cogido á nin-gu-nol ¿Y las bombas de los franceses? Quemaron y arruinaron edificios; pero cuando caían sobre la iglesia de Nuestra Señora era como si cayeran sobre las rocas de Sierra Morena. ¿Y cree Vd. que los franceses, que hicieron mangas y capirotos en todas partes, tuvieron aliento para tocar los tesoros de Nuestra Señora? Solo un general se permitió tomar un cintillo para regalárselo á su esposa, ofreciendo en cambio á la Virgen un rico donativo; pero ¿sabe Vd. lo que le sucedió? En la primera batalla una bala de cañon se le llevó una pierna. No hay general ni rey que se haya impuesto nunca á Nuestra Señora. Además, que está escrito, allá arriba, que esta iglesia durará hasta el fin del mundo...—Y siguió adelante con historias por el estilo, hasta que desde un rincon de la sacristía un sacerdote le hizo ciertas señas; entonces me saludó y se fué.

Al salir de la iglesia, con el pensamiento enteramente ocupado por la imágen del solemne santuario, encontré una larga fila de carros de máscaras precedidos de una banda de música, acompañados de la multitud y seguidos de gran número de carruajes, que iban al Coso. No recuerdo haber visto nunca caretas más grotescas, más cómicas, más disparatadas que las

de aquellas máscaras: tales, que aún hallándome solo, y poco inclinado á la alegría, no pude ménos de reír como al final de un soneto de Fucini. El pueblo estaba, sin embargo, sério y silencioso, y las máscaras llenas de gravedad; hubiérase dicho que podía más en todos el presentimiento melancólico de la Cuaresma que el júbilo pasajero del Carnaval. Ví alguna linda cara en las ventanas; pero ningun tipo todavía de esa hermosura llamada propiamente española, de tez oscura y negros ojos de fuego, que Martínez de la Rosa, emigrado en Lóndres, recordaba con tan ardientes suspiros en medio de las bellezas del Norte.

Pasé por entre dos carruajes rompiendo la muchedumbre, me echaron algunos juramentos (que copié en seguida en mi cuaderno), y atravesando á la ligera varias callejuelas, salí á la plaza de San Salvador, delante de la catedral que le dá nombre, llamada también *la Seo*, más rica y espléndida que Nuestra Señora del Pilar.—La fachada greco-romana, aunque de majestuosas proporciones, y la torre, alta y lijera, no disponen al grandioso espectáculo interior. Al entrar me hallé sumido en las tinieblas: se me ocultaron por el pronto los límites del edificio, y no ví más que algun rayo de pálida luz, entrecortado por columnas y arcos. Despues, poco á poco, distinguí cinco naves divididas por cuatro órdenes de hermosos pilares góticos, las paredes lejanas y la larga série de capillas laterales, y quedé atónito. Era el primer templo que correspondía á la imágen que me había forjado de las catedrales españolas, variadas, pomposas, inmensamente ricas. La capilla mayor,

rematada por vasta cúpula en forma de tiara, contiene en sí sola las riquezas de una gran iglesia; el altar mayor es de alabastro, recubierto de rosetones, de arabescos y volutas; la bóveda adornada de imágenes; á derecha é izquierda, tumbas y urnas de príncipes; en un ángulo, el sitio que ocupaban los reyes aragoneses al ser consagrados. El coro (en medio de la nave principal), es un monton de riquezas: su muro exterior, en el cual hay abiertas algunas pequeñas capillas, ofrece increíble riqueza de estatuillas, columnillas, bajo-relieves, frescos y piedras raras, en tal número, que habría que estar allí todo un día para poder decir que se había visto algo. Los pilares de las dos últimas naves y los arcos que se encorvan sobre las capillas, están sobrecargados desde la base á la bóveda, de esculturas (algunas enormes que parecen soportar sobre sus hombros la fábrica), emblemas y adornos de toda hechura y dimensiones. En las capillas hay gran profusion de imágenes, de ricos altares, de sepulcros régios, de bustos, de cuadros, que sumergidos en aquella media oscuridad no ofrecen á los ojos sino una confusion de matices, de resplandores y de formas vagas, entre las cuales se pierde la vista y la imaginacion se cansa. Despues de mucho correr aquí y allá con el cuaderno abierto y el lápiz en la mano, apuntando y dibujando, se me enredó la cabeza, rompí las hojas garabateadas, me dije á mí mismo que no iba á sacar nada en limpio, salí de la iglesia, y volví á dar vueltas por la ciudad, sin ver otra cosa en el espacio de media hora que largas naves oscuras y

estátuas blanqueando en el fondo de misteriosas capillas.

Hay momentos en que el viajero más alegre y apasionado, recorriendo las calles de una ciudad desconocida, se vé asaltado de improviso por un sentimiento de hastío tan profundo, que si pudiese, mediante una palabra, volar á su casa, entre los suyos, rápido como un génio de *Las Mil y una noches*, preferiría esta palabra mágica con extraño arranque de alegría. Apoderóse de mí un sentimiento tal en el instante en que enfilaba no sé qué calleja lejana del centro la poblacion, y tuve casi miedo; llamé apresuradamente á la memoria las imágenes de Madrid, de Sevilla, de Granada, para sacudirme, para reavivar la curiosidad y el deseo: aquellas visiones me parecieron pálidas y sin vida. Torné con el pensamiento á mi casa, á los días que precedieron á mi partida, cuando estaba poseido de la fiebre y no veía la hora de desplegar el vuelo, y aquella idea no logró tampoco sino acrecentar la tristeza. El considerar que tenía que ver aun tantas ciudades nuevas, y pasar tantas noches en las fondas, y andar tanto tiempo en medio de gente extraña, me desanimó; preguntéme cómo había podido resolverme á partir; me pareció haberme alejado extraordinariamente de pronto de mi país, estar en medio de un desierto, sólo olvidado de todos... Miré en derredor: la calle solitaria... sentí frio en el corazon... acudieron las lágrimas...— ¡Yo no puedo estar aquí, me muero de melancolía; quiero volverme á Italia!—No había acabado de pronunciar estas frases para mis adentros..., cuando

faltó poco para que prorumpiese en una carcajada de loco: todo recobró súbitamente vida y esplendor á mis ojos; pensé en las Castillas y en Andalucía con una especie de regocijo frenético, y sacudiendo la cabeza como en desprecio de aquel pasajero desconsuelo, encendí un cigarro y eché á andar más satisfecho que antes.—Era el penúltimo día de Carnaval; comenzaba la tarde; por las calles principales iban y venían máscaras, carruajes, cuadrillas de jóvenes, familias numerosas con niños, amas de cría y muchachas casaderas, de dos en dos; pero ningún desorden lamentable, ni cantos desaforados de borrachos, ni aglomeración incómoda de gente. De cuando en cuando se recibía un ligero codazo; pero tan ligero, que más bien parecía señal de un amigo para decir:—Estoy aquí,—que golpe de un distraído; y con el codazo, ciertos sonidos de voces mucho más suaves que los gritos que lanzaban las antiguas zaragozanas desde las ventanas de las casas asaltadas, y mucho más ardientes que el aceite hirviendo que echaban sobre los invasores. ¡Ah! No eran aquellos los tiempos de que me habló hace pocos días en Turín un viejo sacerdote zaragozano, el cual aseguraba que no había recibido en siete años la confesion de un pecado mortal.

Por la noche encontré en la fonda un francés, loco rematado, que creo no haya tenido jamás rival bajo la capa del cielo. Era hombre de cuarenta años, con uno de aquellos rostros de pastel que dicen:—Aquí estoy, acariciadme;—comerciante acomodado, según pude entender, recién venido de Barcelona, y

que debía partir al día siguiente para San Sebastian. Lo encontré en el comedor, y estaba contando su vida y milagros á un corrillo de viajeros, los cuales se desternillaban de risa. Me metí entre ellos, y oí la historia también. Era este tal nacido en Burdeos, y vivía desde hacía cuatro años en Barcelona. Había abandonado á Francia porque se le escapó la mujer, huesped descontento, *con el hombre más feo de la ciudad*, dejándole en los brazos cuatro chiquillos. Desde el día de la fuga no había vuelto á tener noticias de ella: decíanle unos que estaba en América, otros en Asia, otros que en África; pero todo eran conjeturas sin fundamento: hacía cuatro años que la consideraba muerta. Sucedió que el día ménos pensado, en Barcelona, á tiempo que estaba cenando con un amigo suyo marsellés, díjole éste (pero era preciso ver con qué cómica dignidad exponía la cosa), le dijo:—Amigo mio, uno de estos días pienso ir á San Sebastian.—¿A qué?—A correrla.—Amorós, eh?—Sí... es decir: un amor, propiamente no es; porque á mí en materia de amor, no me gusta hacer cola: es un caprichillo. ¡Linda mujercita! Anteayer, sin ir más lejos, recibí carta suya; no tenía ganas de ir; pero hay tanto *ven y te espero, y amigo mio y querido*, que he caído en la tentación.—Y diciendo así, le alargó la carta con un gesto de vanagloria de *tenorio*. El comerciante la coge, la abre, la recorre.—¡Dios de Israel, mi mujer!—Y sin decir otra cosa, deja plantado al amigo, corre á su casa, toma la maleta, y escapa á la estación. Cuando yo entré en la sala, había enseñado ya la carta á todos los presentes, y extendido sobre

la mesa, á fin de que los pudiesen ver, su fé de bautismo, el acta matrimonial y otros papeles que llevaba consigo para el caso de que su mujer no quisiera reconocerle.

—¿Y qué piensa Vd. hacer?—le preguntaron todos á un tiempo.

—No le haré daño; he tomado mi resolucion; no correrá la sangre; me contentaré con un castigo terrible.

—¿Cuál va á ser, pues?—preguntó el auditorio.

—He tomado mi resolucion,—repitió el francés con la mayor serenidad. Y echando fuera del bolsillo unas enormes tijeras, añadió solemnemente:—Voy á cortarle el pelo, las cejas y las pestañas.

Rompieron todos en una carcajada.

—¡Señores!—gritó el ofendido esposo;—mantendré mi palabra; si tengo la fortuna de encontrar á todos Vds. aquí á mi regreso, me comprometo á presentarles la... la peluca.

Siguióse á esto una confusion de risas, voces y aplausos del diablo, sin que el francés desarrugase un momento su trágico entrecejo.

—¿Y si se encuentra Vd. con un español en la casa?—preguntó uno.

—Lo tiro por la ventana,—respondió.

—Pero, y si fuesen varios españoles...

—Todo el mundo por la ventana.

—Así dará Vd. un escándalo, acudirán los vecinos, los guardias, el pueblo...

—Y yo...—gritó el terrible hombre golpeándose el pecho con una mano;—yo haré saltar por la ven-

tana á los vecinos, á la policía, al pueblo, á la ciudad entera si es preciso.

Y siguió adelante con sus jactancias sobre este tono, gesticulando, con la carta en una mano y las tijeras en la otra, en medio de las risotadas de los viajeros. "Vivir para ver," dice el proverbio español; y debiera decir más bien *viajar para ver*, porque parece que á ciertos entes originales sólo se les encuentra en las fondas, y de camino. ¡Quién sabe cómo habrá terminado el negocio!—Al entrar en mi habitacion, pregunté al camarero qué cosa eran dos trastos que había observado desde la primera noche, colgados en la pared, los cuales aparentaban tener no sé qué pretension de pasar por dos retratos.

—¡Caramba!—me respondió:—nada ménos que los hermanos Argensola, aragoneses, naturales de Barbastro, dos de los más afamados poetas de España.

Afamados, para quien no lo sepa, no quiere decir famélicos, sino *famosos*. Fuéronlo, con efecto, los hermanos Argensola; verdaderos gemelos literarios, que tuvieron la misma índole, estudiaron las mismas cosas, escribieron con el mismo estilo, puro, sóbrio, mórbido, é hicieron frente con todas sus fuerzas al torrente del mal gusto, que comenzaba á invadir en sus tiempos, á fines del siglo xvi, la literatura española. El uno murió en Nápoles, secretario de Estado del Virey; el otro en Tarragona, sacerdote: dejaron ambos una memoria honrada y querida, á la cual pusieron Cervantes y Lope de Vega el sello magnífico de sus elogios. Los sonetos de los Argensolas son contundentes, los más preciados de la literatura española,

por agudeza de pensamiento y elevacion de forma: hay uno de Lupercio Leonardo que saben todos de memoria, y cuyo final citan á menudo los ministros para responder á las grandilocuentes filípicas de los oradores de oposicion: lo pongo aquí con la esperanza de que podrá servir á alguno de mis lectores para acallar á sus amigos, cuando le reconvengan por haberse enamorado, como el poeta, de una mujer que se dé colorete:

«Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira,
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano á competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
no es cielo, ni es azul; lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»

A la mañana siguiente quise procurarme un placer semejante al que experimentaba Rousseau siguiendo el vuelo de las moscas; el placer de vagar por la ciudad, á la ventura, deteniéndome á mirar las cosas más insignificantes, como hacemos en nuestra propia casa cuando se espera á un amigo. Visité algunos edificios públicos, entre ellos el palacio de la Bolsa, que tiene un magnífico salon formado por veinticuatro columnas, cada una adornada de cuatro escudos con las armas de Zaragoza, sobrepuestos á los cuatro lados del

capitel; visité la antigua iglesia de Santiago y el hermoso palacio del arzobispado; fuí á plantarme en medio de la vasta y alegre plaza de la Constitución, que divide en dos el Coso, y recibe otras dos de las principales calles de la ciudad; y comenzando por allí mis movimientos, holgazaneé hasta medio día con un gusto infinito. Ora me detenia á contemplar á un muchacho que jugaba al trompo, ora echaba una ojeada de curioso en un pequeño café de estudiantes, ora contenía el paso para oír las chanzonetas de dos criadas en una esquina, ó bien iba á pegar las narices al escaparate de un librero, ó bien entraba á desesperar á una estanquera pidiendo cigarros en aleman, ó bien entablaba conversacion con un vendedor de cerillas. Aquí compraba un periódico, allí pedía fuego á un soldado; más allá preguntaba por mi camino á una muchacha; y en tanto murmuraba versos de Argensola, comentaba sonetos jocosos, tarareaba el himno de Riego, pensaba en Florencia, en el vino de Málaga, en los avisos de mi madre, en el rey Amadeo, en mi bolsa, en mil cosas y en ninguna: no hubiera cambiado entonces mi suerte por la de un grande de España.—A la tarde fuí á ver la Torre Nueva, que es uno de los monumentos más curiosos de España. Tiene ochenta y cuatro metros de altura (cuatro más que la torre de Giotto), y está inclinada como dos metros y medio toda ella, lo mismo que la de Pisa. Fué construida en 1304; hay quien afirma que la construyeron así, y quien cree que se haya inclinado despues; las opiniones son diversas. Es de forma octogonal y de ladrillo; pero ofrece variedad admirable de adornos

y dibujo, un aspecto distinto en cada piso, y una mezcla graciosa de gótico y moruno. Para entrar tuve que ir á pedir permiso á no sé qué empleado del municipio que habita cerca de allí, el cual despues de haber mirado atentamente la punta de mis piés y el corte de mis cabellos, entregó las llaves al conserje y me dijo:

—Puede Vd. ir.

El conserje era un vejete vigoroso, que subió las interminables escaleras con mucha más agilidad que yo.

—Verá Vd.—me decía,—verá Vd. qué magnífico golpe de vista.

Le dije que también los italianos teníamos una torre inclinada como la de Zaragoza. Se volvió para mirarme y respondió secamente:

—La nuestra es única en el mundo.

—¡Cómo! Le digo á Vd. que también nosotros tenemos una, y que la he visto con mis ojos, en Pisa; además, si no quiere Vd. creerlo, lea Vd. aquí; lo dice también la Guía.

Echó una ojeada y refunfuñó:

—Puede ser.

¿Puede ser? ¡Viejo testarudo! De buena gana le hubiera metido el libro en la cabeza. Llegamos á lo alto. Es un espectáculo magnífico. Zaragoza se abraza con una ojeada: el Coso, el paseo de Santa Engracia, los arrabales. Allí abajo, que parecen tocarse, las cúpulas pintadas de Nuestra Señora del Pilar; un poco más lejos, la atrevida torre de la Seo; más léjos aún, el Ebro que gira en torno de la ciudad con cur-

vas majestuosas, y el extenso valle, enamorado, como dice Cervantes, de la claridad de sus aguas y la gravedad de su curso; el Huerba y los puentes, y las riberas que recuerdan tantos sangrientos choques y desesperados asaltos.—Leyóme el conserje en la cara los pensamientos que cruzaban por mi mente, y como siguiendo un discurso que yo hubiese comenzado, se puso á señalarme los puntos por donde entraron los franceses, y donde la gente de la ciudad opuso más gallarda resistencia.

—"No fueron las bombas francesas,—me dijo,—lo que nos hizo rendirnos; nosotros mismos quemábamos las casas y las hacíamos saltar por los aires; fué la epidemia; de los cuarenta mil hombres que defendían la ciudad, más de quince mil llenaban los hospitales en los últimos días; faltaba tiempo para recoger á los heridos y para enterrar á los muertos; las ruinas de las casas estaban cubiertas de cadáveres putrefactos que corrompian el aire; una tercera parte de los edificios, destruida; y no obstante, ninguno hablaba de rendirse; y al que hubiese hablado de ello (se había alzado á propósito un cadalso en todas las plazas), se le hubiera dado muerte: queríamos perecer sobre las barricadas, en el fuego, bajo los lienzos de nuestros muros, ántes que doblar la cabeza. Pero cuando Palafox se encontró á punto de morir; cuando se supo que los franceses habían vencido en otras partes y que no quedaba esperanza, hubo que depner las armas. Los defensores de Zaragoza se rindieron con los honores de la guerra; y el día que aquella multitud de soldados, de labradores, de frai-

les, de muchachos, descarnados, harapientos, cubiertos de heridas, manchados de sangre, desfilaron por delante del ejército francés, los vencedores se estremecieron llenos de respeto, y no tuvieron corazón para alegrarse de su victoria. El último de nuestros campesinos podía llevar la frente más alta que el primero de sus mariscales. ¡Zaragoza—y al decir estas palabras estaba hasta hermoso,—ha escupido en la cara á Napoleon!”—Yo pensé en aquel momento en la historia de Thiers, y el recuerdo de la narración que hace de la toma de Zaragoza me produjo un sentimiento de desden. ¡Ni una palabra generosa para la sublime hecatombe de aquel pobre pueblo! Su valor no es para él más que fanatismo feroz ó vana pasión guerrera de labriegos hastiados de la vida ociosa de los campos, y de monjes mal avenidos con la soledad de la celda; su heroica obstinación es testarudez; su amor por la patria, orgullo necio. ¡No morían por este ideal de grandeza que animaba el valor de los soldados imperiales! ¡Como si la libertad, la justicia, el honor de un pueblo, no fueran cosa de mayor grandeza que la ambición de un emperador que lo hace asaltar por medio de la traición y lo quiere gobernar por medio de la violencia!... Estaba para caer el sol; las torres y los campanarios de Zaragoza se iluminaban con los últimos rayos del sol poniente; el cielo era clarísimo; eché otra ojeada alrededor, queriendo grabar en mi memoria el aspecto de la ciudad y de la campiña, y antes de volverme para bajar, dije al conserje, que me miraba con aire de benévola curiosidad:

—Contad á los extranjeros que de hoy en adelante vengan á visitar la torre, que un día, un joven italiano, saludando por última vez desde estos balcones la capital de Aragon, pocas horas ántes de partir para Castilla, se ha descubierto la cabeza con el sentimiento del más profundo respeto; y que no pudiendo besar en la frente, uno por uno, á todos los sucesores de los héroes de 1809, ha dado un beso al conserje. —Y se lo dí, y me lo devolvió, y me marché contento, y él también contento se quedó; y, riase del caso quien quisiere.

Con esto me pareció que podía dar por vista Zaragoza, y volví á la fonda recapitulando mis impresiones. Quedábame, sin embargo, gran deseo de entablar conversacion con algun buen zaragozano, y despues de comer me fuí al café, donde al momento encontré un maestro de obras y un tendero, los cuales entre sorbo y sorbo de chocolate me expusieron el estado político de España y los medios más eficaces “de llevar la nave á puerto de salvacion.” Pensaban de muy diversa manera. El uno, el tendero, que era un hombrecillo de nariz remangada y gran berruga en el entrecejo, quería la *República federal*, sin transacciones, aquella misma noche, antes de ir á acostarse; y ponía por condicion, para prosperidad del nuevo gobierno, que se fusilase á Serrano, Sagasta y Zorrilla, á fin de convencerlos de una vez para siempre de que *no se chancea* impunemente con el pueblo español.

—Y á su rey de ustedes—concluía, volviéndose hácia mí,—al rey que nos han mandado, perdone

usted, mi querido italiano, la franquza con que le hablo, á su rey de ustedes, un billete de primera clase para que se vuelva á su hermosa Italia, donde corre mejor aire para los reyes. Somos españoles, perdone Vd., mi querido italiano,—y me ponía una mano en la rodilla,—somos españoles, y no queremos extranjeros, ni cocidos, ni crudos.

—Me parece haber comprendido su opinion. Y usted—pregunté al maestro de obras,—¿cómo cree que se podrá salvar á España?

—No hay más que un medio—respondió con acento solemne:—República federal; en eso estoy de acuerdo con mi amigo; pero con D. Amadeo de presidente.—(El amigo se encogió de hombros.)—Lo repito: con Don A-ma-de-o de pre-si-den-te. Es el único hombre que puede llevar derecha la República; no es solamente opinion mía, es la opinion de muchas personas. Que D. Amadeo convenza á su padre de que con la monarquía no se resuelve nada; que llame al gobierno á Castelar, Figueras y Pí y Margall; que proclame la República, se haga elegir presidente y grite á España: "Señores, ahora mando yo, y al que levante la cabeza, *palo*." Entonces será cuando tendremos verdadera libertad.

El tendero, que no creía que la verdadera libertad consistiese en que lo hartaran á uno de palos, protestó; rebatióle el otro, y duró un rato la polémica. Se vino despues á hablar de la reina, y el maestro declaró que, "aun cuando él fuese republicano, sentía por doña Victoria un profundo respeto y una calurosa admiracion."

—Tiene mucho de aquí,—dijo tocándose la frente con el dedo.—¿Es verdad que sabe griego?

—¡Y cómo lo sabe!—repondí.

—¿Has oido, eh?—le preguntó al otro.

—Sí,—contestó el tendero refunfuñando;—pero no se gobierna á España con el griego.

Sin embargo, él tambien reconocía que, reina por reina, debía descarse el tener una, docta é ilustrada, digna de sentarse en el trono de Isabel la Católica, la cual es sabido que conocía el latin como un profesor consumado, antes que una de esas reinas casquivanas que no ponen la cabeza más que en las fiestas y en los favoritos. En una palabra: no quería ver en España á la casa de Saboya; pero si algo podía inclinarle un poco á favor suyo, era el griego de la reina. ¡Qué republicano tan galante! Hay, con todo, en esta gente una generosidad de corazon y una entereza de ánimo que justifican su honrosa fama. El aragonés es respetado en España. El pueblo de Madrid, que tanto maneja la tijera contra los españoles de todas las provincias; que da al catalan el epíteto de grosero, al andaluz de vanidoso, al valenciano de feroz, al gallego de miserable, al vasco de ignorante, trata con mayor miramiento á los altivos hijos de Aragon, los cuales escribieron con su propia sangre, en el siglo xix, la página más gloriosa de la historia de España. El nombre de Zaragoza suena en el pueblo como un grito de libertad, y en el ejército como un grito de guerra. Mas como no hay rosa sin espinas, esta noble provincia es tambien un semillero de demagogos inquietos, guerrilleros, tribunos, gente

de cabeza exaltada y mano atrevida, que dan gran quehacer á todos los gobiernos. El Poder tiene que acariciar á Aragon como á un hijo sombrío y fogoso que, á poco que se pique, es capaz de tirar la casa por la ventana. La entrada del Rey Amadeo en Zaragoza y su breve estancia allí, por el año de 1871, dieron ocasion á diversos hechos que merecen ser narrados, porque son una manifestacion elocuente del carácter popular.—Antes de todo, hablaré del discurso del alcalde, del cual se han hecho tantos comentarios en España y fuera de ella, discurso que se conservará quizá entre las tradiciones de Zaragoza como un ejemplo clásico de audacia republicana. Llegó el Rey por la tarde á la estacion del ferrocarril, donde habían ido á esperarle, acompañados de inmensa multitud, los representantes de muchos ayuntamientos, asociaciones y cuerpos militares y civiles de varias ciudades de Aragon. Despues de los gritos y aplausos acostumbrados se restableció el silencio, y presentándose al Rey el alcalde de Zaragoza, leyó con voz enfática el siguiente discurso:

SEÑOR:—No la modesta personalidad mía, no el individuo de convicciones profundamente republicanas; es el alcalde de Zaragoza, investido por el sacratísimo sufragio universal, quien por deber ineludible se presenta y se pone á vuestras órdenes.—Vais á penetrar en el recinto de la ciudad que sobrada ya de timbres gloriosos, tiene el título de siempre heroica; que cuando ha peligrado la integridad nacional ha sido una nueva Numancia; que humilló las huestes napoleónicas en su mismo triunfo. Pisaréis un suelo

matizado con las osamentas de los valientes muertos en defensa de la patria. Zaragoza ha sido el centinela más avanzado de las libertades; cuando ha sido libre en sus manifestaciones, nunca gobierno alguno le pareció bastante liberal; inquebrantable en su fé, resignada, pero incommovible en su infortunio, jamás en pecho de ninguno de sus hijos se anidó la falaz alevosía.—Entrad en el recinto de Zaragoza: si valor no tuviérais, tampoco lo necesitaríais; que los hijos de la siempre heroica, son valientes frente á frente y cobardes para toda traicion. No hay escudo ni existe ejército más poderoso en estos momentos para defender vuestra persona que la lealtad de los descendientes de Palafox, puesto que hasta sus enemigos, gozan asilo sagrado cuando techumbre zaragozana les cobija. Quien por primera vez visita á Zaragoza, halla un templo grandioso de glorias que admirar y un libro precioso para aprender. Pensad que es muy española, tanto como la ciudad que más; que ama con pasion las libertades en sus más dilatadas, pero nacionales manifestaciones; que en la testera del salon de su Municipio se ostenta el lábaro santo de los derechos individuales, cuya pureza anhela con fervor. Pensad y meditad que si seguís inflexiblemente en el camino de la justicia, si haceis mantener á todos las reglas de la más extricta moralidad, si protegeis al productor que hasta aquí tanto da y tan poco recibe, si sosteneis la verdad del sufragio, si un día á vos os debe Zaragoza y España entera la satisfaccion de las incesantes aspiraciones de la mayoría de este gran pueblo que venís á conocer, entónces, tal vez, os adornen

timbres más brillantes en concepto mío.—¡Podeis ser el primer ciudadano de la Nación y el más amado en Zaragoza; y la gran República española os deberá la felicidad completa!—He dicho.”

A este discurso, que en su tancia venía á significar.—No os reconocemos como Rey; pero entrad sin embargo entre nosotros, que no pensamos mataros, porque los héroes no matan á traición; y si sois bueno y nos servís bien, quizá consentiremos en soportaros como presidente de la República,—contestó el Rey con una sonrisa agridulce, en reconocimiento de tanta bondad; y estrechando la mano del alcalde, no sin grande asombro de todos los circunstantes, montó luego á caballo y penetró en Zaragoza. El pueblo le recibió con agrado, según se dice, y muchas señoras le arrojaron de las ventanas poesías, coronas de flores y palomas. En varios puntos, el general Córdova y el general Rossell, que le acompañaban, tuvieron que abrirle paso con sus propios caballos. Al entrar en el Coso, una mujer del pueblo se lanzó hácia él para darle un memorial; advirtiéndole el Rey, que ya había pasado delante, volvióse á ella y lo tomó. Poco después se le presentó un carbonero, le alargó su mano ennegrecida, y el Rey y tuvo á bien estrechársela. En la plaza de Santa Engracia fué recibido por una fastuosa mascarada de enanos y gigantes que lo saludaron con ciertas danzas tradicionales, entre los gritos ensordecedores de la muchedumbre. Así atravesó toda la ciudad. Al otro día visitó la iglesia del Pilar, los hospitales, las cárceles y la plaza de toros, y en todas partes le acogieron con casi monárquico entusiasmo, no sin

secreto mal contento del alcalde que le acompañaba, el cual hubiera querido que el pueblo zaragozano se limitase á la observancia del quinto mandamiento, sin conceder más de lo que él prometiera en su discurso. Recibieron lo mismo al Rey en el camino de Zaragoza á Logroño; y en Logroño, en medio de multitud innumerable de ciudadanos, milicianos nacionales, mujeres y chiquillos, vió por primera vez al venerable general Espartero. Apenas se habían avistado, cuando corrieron á encontrarse; el general buscó la mano del Rey, el Rey le abrió los brazos, y la multitud lanzó un grito de alegría.

”SEÑOR,—le dijo el ilustre soldado con voz conmovida—los pueblos os acogen con patriótico entusiasmo, porque ven en su joven monarca el sosten más firme de la libertad y de la independencia de la patria, y están seguros de que si los enemigos de nuestra dicha intentasen turbarla, Vuestra Majestad, al frente del ejército y de la milicia ciudadana, sabría confundirlos y exterminarlos. Mi quebrantada salud no me permitió ir á Madrid para felicitar á Vuestra Majestad y á su augusta esposa por su advenimiento al trono de San Fernando. Hoy lo hago, y repito una vez más que serviré fielmente á la persona de Vuestra Majestad como Rey de España, elegido por la voluntad nacional.—Señor: tengo en esta ciudad una casa modesta; os la ofrezco, y os ruego que la honréis con vuestra presencia.”

Con estas sencillas palabras saludaba al Rey el más viejo, el más amado y más glorioso de sus súbditos: ¡augurio feliz á que correspondieron mal los sucesos!

A cosa de media noche me fuí al baile que daban en un teatro de regulares proporciones que hay en el Coso, cerca de la plaza de la Constitucion. Las máscaras eran pocas y mezquinas; pero había en compensacion una multitud apretadísima, de la cual gran parte bailaba furiosamente. Porque lo declaraba la lengua de aquellas gentes conocí que asistía á un espectáculo de un teatro de España más bien que á un espectáculo de un teatro de Italia; pues en lo demás, me pareció ver hasta las mismas fachas, el mismo estrépito, la acostumbrada licencia de palabras y ademanes, y aquel degenerar del baile en alboroto bullicioso y desenfrenado. De las cien parejas que ví pasar por delante, una sola me dejó algun recuerdo en la memoria: formábanla un jovenzuelo como de veinte años, alto, esbelto, blanco, con grandes ojos negros, y una muchacha de la misma edad, morena como una andaluza; ambos hermosos y altivos, vestidos con el antiguo traje aragonés, abrazados estrechamente; el rostro de él junto al de ella como si cada uno de los dos quisiera aspirar el aliento del otro; encendidos más que amapolas, y radiantes de alegría. Rompían por entre la multitud echando en derredor una mirada desdenosa; mil ojos los acompañaban, y les seguía un murmullo sordo de admiracion y de envidia. Al salir del teatro me detuve algunos momentos en la puerta para verlos pasar, y luego me volví á la fonda solo y melancólico.—La mañana siguiente, antes del alba, partí para Castilla la Vieja.



BÚRGOS



AY que remontar el valle del Ebro, para ir de Zaragoza á Búrgos, capital de Castilla la vieja, atravesando una parte de Aragon y Navarra, hasta Miranda, ciudad situada en el camino de Francia que va por San Sebastian y Bayona. El país está lleno de recuerdos históricos, monumentos, ruinas y nombres famosos: cada villa recuerda una batalla, cada provincia, una guerra. En Tudela los franceses vencieron á Castaños; en Calahorra, Sertorio resistió á Pompeyo; en Navarrete, Enrique de Trastamara fué vencido por Pedro el Cruel. En Agoncillo véanse vestigios de la ciudad de Egon, ruinas de un acueducto romano en Alcanadre, y restos de un puente árabe en Logroño. La mente se fatiga con los recuerdos de tantos siglos y de tantos pueblos, y los ojos se cansan á la par que la imaginacion. El aspecto de la campiña cambia á cada momento. Se hallan junto á Zaragoza verdes y hermosos campos con algunas casas, y sendas tortuosas, por las cuales se ven grupos de campesinos, envueltos en sus mantas de diversos co-